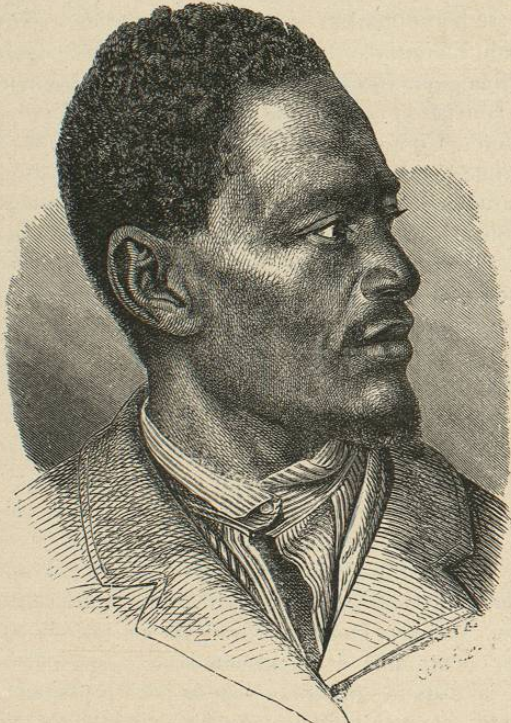


tanto del resto de la figura del cuerpo, que, unida á la larga cola de corteza que usan, da á la silueta de una mujer bonga gruesa que ande pausadamente, toda la apariencia de un babuino bailando.» Las manos son delgadas, los dedos finos en su parte superior y las uñas estrechas, habiendo merecido ser calificadas de únicas partes del cuerpo que pueden principalmente denominarse nobles. Los pies son también delgados, pero el talón sobresale á menudo de un modo exagerado, de suerte que «á veces, sale por detrás del tobillo una tercera parte de la longitud total del pie.» Y sin embargo, Falkenstein dice que nuestro perfil es, en este punto, menos bello. El pie plano es, según Fritsch, cosa



Un ovaherero (de una fotografía que posee el Sr. Dr. Fabri, en Barmen)

común en ellos; Falkenstein, por el contrario, dice que es más raro que entre nosotros.

El cráneo, que naturalmente es una de las particularidades más características, la que más salta á la vista y la de más trascendentales consecuencias, dadas las funciones que como cubierta del cerebro desempeña, está regularmente conformado, lo contrario de lo que acontece con otros huesos: su longitud es sorprendente (según G. Fritsch el índice de anchura es de 71'9, según Welker de 69) y su altura es notable: pertenece, pues, á la especie de cráneos que los anatómicos denominan hipsistenocéfalos ó á los que se designan como altos dolicocefalos. La mayor anchura corresponde á la parte posterior del mismo, de suerte que mirado por arriba afecta la forma puntiaguda de un huevo. La frente presenta, por regla general, una convexidad regular, pero con alguna inclinación hacia atrás, gracias á lo cual es entre los negros imposible la ancha y hermosa frente de los hombres pensadores. En cambio, los huesos de la cara se prolongan hacia adelante de un modo muy marcado, especialmente la apófisis nasal, por cuya razón el ángulo facial dista mucho de ser recto: G. Fritsch observó que era, en dos cráneos por él medidos, de 66 y 67°; Falkenstein de 67'4° en el medio, es decir sólo $\frac{1}{4}$ del recto: en las mujeres, el ángulo parece ser más agudo todavía. El notable desarrollo del aparato masticador está completado por unos dientes grandes, apretados, duros y blancos como el marfil. Son

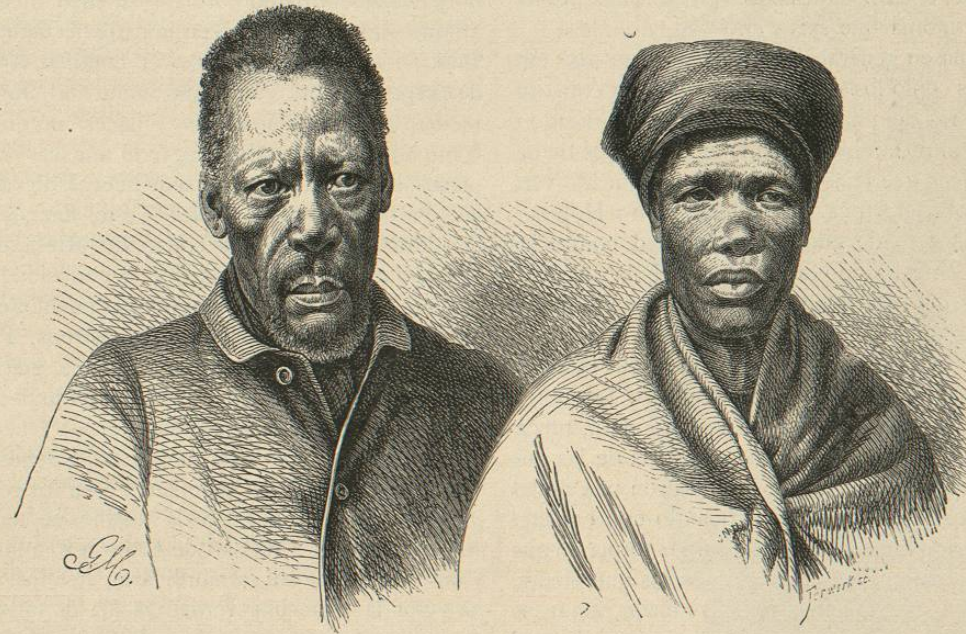
rasgos característicos del rostro el escaso desarrollo del hueso de la nariz y el mayor desarrollo de las partes carnosas de las orejas y de los labios. El papel que desempeñan las orejas en el adorno de los negros tiene su fundamento anatómico, pues sus lóbulos, como todo su cuerpo, están notablemente desarrollados y son carnosos: su forma, sin embargo, es agradable y raras veces aparecen muy separadas de la cabeza. Los hotentotes y los bosquimanos, que ó carecen de lóbulos auriculares ó los tienen muy poco desarrollados, han tenido que colocar en otras partes del cuerpo, las cajas de rapé, los trozos de caña, los anillos y demás objetos que los cafres llevan colgados de aquéllos. De la misma manera, el pelee, este adorno de los labios tan extendido, deriva de seguro del fuerte desarrollo natural de esta parte. También puede decirse que la infinita variedad de peinados y la costumbre de unirse y pintarse el cuerpo, sólo pudieron desarrollarse, la primera gracias al magnífico material que ofrecían los vellones algodonados del cabello, y la segunda, tan extendida entre los negros, gracias al precioso fondo que ofrecía su oscura piel. Por último, podemos añadir que, según Falkenstein, la cualidad oleosa del sudor es causa del poderoso reflejo luminoso de la piel que tan á menudo se nota en las fotografías.

La impresión general que producen los negros varones, no es, en conjunto, ni la de una fuerza exuberante superior á la civilización, ni la de una simetría completamente respetada por el arte y por la educación. La impresión estética general que causa el negro es muy semejante á la producida por el europeo, y aun Buchner califica al negro de muy superior á nosotros en punto á buenas formas. No sucede lo propio con las mujeres, respecto de las cuales deben tenerse en cuenta la condición, también en estos pueblos inferior, del sexo débil y por ende oprimido y su prematura decadencia, consecuencia necesaria de su precoz desarrollo, decadencia que se ha querido calificar de cinco veces más rápida que en las europeas. El tantas veces citado G. Fritsch, cuyas palabras merecen entero crédito, dice, hablando de las mujeres cafres: «En su mejor edad, sus formas no dejan de ser bellas, pues son redondas y llenas, pero luego carecen de gracia y de atractivos, pues sus miembros se vuelven ordinarios y sus contornos rudos como cortados en madera. En cuanto se casan, aparecen en las mujeres signos de rápida decadencia: los pechos, especialmente, se ablandan y caen hasta tomar la forma de saco. Este es un signo normal de la mujer desarrollada y lejos de ser considerado como fealdad es tenido por un rasgo de belleza.» Una de las diferencias que entre el pecho de la negra y el de la europea existen, estriba en que mientras los pezones de ésta son poco marcados, los de aquella son muy salientes.

Aun cuando muchos observadores han negado que los negros posean en grado digno de mencionarse dotes intelectuales, no podemos menos que ver en su fisonomía la expresión de la inteligencia, con la misma seguridad que la buscamos en los mismos individuos de nuestra raza cuyo talento se encuentra en bajo nivel. Ciertamente que los elementos predominantes, no generales, en la fisonomía de los negros, tales como la frente estrecha, las mandíbulas salientes, la nariz achatada y los labios abultados, no son favorables á la expresión de una inteligencia elevada, pero, aun cuando la del negro no sea capaz de volar tan alto como la del inteligente blanco, es, sin embargo, suficientemente poderosa para dominar los rasgos fisonómicos, y no carece aquél de lo que se llama fisonomía espiritualizada ni de la «expresión animada» que con frecuencia se encuentra, especialmente entre las mujeres.

Con gran razón ha aplicado Schweinfurth á las tribus negras el calificativo de «pueblos bien formados», siendo digno de notarse que incluyera en el número de las razas nobles del África central á los schilluks, por ejemplo, que los observadores superficiales confunden casi con los monos. Preciso es decir con Livingstone que entre los negros inferiores y repugnantes considerados como pueblo, no existe aquel negro que Burton — tan aficionado á las frases ampuosas — califica de «genuinamente antropoide de rostro hocicado y sin barba» (hablando del egba). Bien puede afirmarse que los juicios críticos de los exploradores alemanes son más mesurados, y que los experimentos que los han precedido han sido mejor practicados. Dice Falkenstein: «Ciertamente que á los europeos ha de repugnarles, en Europa,

aquella nariz hundida, aquellos pómulos salientes y los labios prominentes aunque raras veces abultados; pero si reside algún tiempo entre ellos, el color oscuro de la piel, ventajosa para todo cuanto les rodea; la cautivadora facilidad de movimientos no estorbada por ninguna superfluidad en el traje; la frescura elástica de los jóvenes, y el candor natural de los viejos, han de contribuir notablemente á que haga justicia á esta raza, considerada como á tal. Hay en su modo de ser, en su carácter, en su trato y en su manera de expresarse, algo primitivo y natural que necesariamente nos concilia con ellos.» En esto influye mucho, sin embargo, la apreciación subjetiva. El mayor Mechow vió en la hija de Katala Katinga una verdadera Venus, y en una mujer de Muata Jamwo «la genuina imagen de Psiche.» Menos cho-



El señor y la señora Bunge, cafres de Hlambe (de una fotografía que posee el director de las misiones Sr. Dr. Wangemann, en Berlín)

cante que este calificativo ha de parecernos cuando atribuyere á esta mujer «un porte libre aunque propio de una muchacha», un aire distinguido y cierta gracia. Si examináramos los muchos tipos que representan hombres y mujeres de las mismas tribus, veríamos cuántas diferencias, á pesar de esta unidad de origen, aparecen en el aspecto exterior, en la fisonomía; no obstante ¡qué muestrario de belleza y de fealdad podría formarse escogiendo algunos tipos y no de los más extremados!

Quizás contribuyamos á despojar la fisonomía del negro de lo que á ella es extraño y á formarnos de él una idea más exacta, si hacemos notar que en muchas de sus facciones parece muy marcada una cierta semejanza con el tipo semítico, semejanza que puede denominarse afinidad judaica. Puede con fundamento afirmarse que el tipo semítico de los judíos, árabes, sirios, etc., se parece al tipo mulato. Aun cuando esta afinidad judaica se ha exagerado muchas veces, especialmente con relación á los cafres, esto no obsta para que se sostenga el fondo de verdad que hay en ella. Con harta frecuencia ha sido sostenida y demostrada, para que podamos hacer caso omiso (véase pág. 69); y á este propósito recordaremos que Quatrefages ha encontrado innegables elementos semíticos entre los negros del Sud-oeste (zulús etc.)

Las diferencias que existen entre las opiniones que acerca del aspecto exterior de los negros se han emitido, hace sospechar que no todos lo han juzgado con igual imparcialidad. Desde el momento en que tal divergencia encontramos sólo en la esfera de la etnología africana (el modo de

ser y el carácter de los africanos es el más difícil de comprender), no será superfluo investigar las causas de tales desigualdades, dejándonos conducir por un hombre experto en la materia. Falkenstein, cuyas memorias sobre la expedición á Loango son preciosas y de lo mejor que la exploración alemana en África ha producido en la esfera antropológica, somete á una sabia crítica — en su obra «Sobre la antropología de los habitantes de Loango» — el sistema desde entonces comunmente seguido por la mayoría de los viajeros cuando tratan de juzgar el aspecto exterior del negro. «Si todos hubiesen seguido — dice — el principio fundamental de comparar solamente aquello que tiene analogías, no hubieran podido ganar terreno las extravagantes descripciones que en la actualidad predominan respecto de los negros, y las preocupaciones, tan hondamente arraigadas, que postergan las narraciones verdaderamente veraces, habrían hecho reír como visiones filantrópicas. ¡Cuántas veces he oído á muchos hablar con complacencia de la repugnancia ó por lo menos antipatía que sentían hacia la raza negra y discutir prolijamente acerca de todas las faltas que á la misma se atribuyen! Pero cuando se veían obligados, en presencia de dibujos fidedignos, á ceder en algo respecto de las formas corporales, se aferraban fuertemente á los detalles, tales como la fealdad de la nariz ó de los labios y otras cualidades desfavorables.» Falkenstein, en el curso de su obra, rebate una porción de preocupaciones que desde el punto de vista estético existen contra la figura del negro y resume sus apreciaciones diciendo que el aspecto exterior de

éste es relativamente bello y que está dotado de formas perfectas. En cuanto á las cualidades que en casi todas las descripciones se achacan á los negros como caracteres de raza propios de los monos, ó los encuentra en igual proporción entre los europeos ó sólo los ve en algunas excepciones más insignificantes de lo que generalmente se cree; y termina diciendo: «A los viajeros les pasa con estas preocupaciones lo mismo que á los que juzgan las cosas desde lejos les sucede con los peligros en que su fantasía supone envueltos á aquéllos: cuanto más próximos, más pierden en proporciones.»

Si el hombre enfermo acusa una agrupación distinta, una alteración de relaciones en las cualidades que caracterizan al estado sano, las enfermedades del negro son una prueba más de la gran armonía que existe entre su naturaleza y la naturaleza humana en general. Los negros sufren casi tantas enfermedades como los europeos y si bien su constitución aparece menos debilitada por un trabajo civilizado ó intelectual, en cambio también tienen menos medios de defensa. Tres médicos que recientemente han publicado verídicas memorias sobre el África — Buchner, Felkin y Holub — están acordes respecto de ello. La inmunidad contra las fiebres, especialmente, ha sido calificada de fábula y al decir de Holub, todos los betschuanes, excepción hecha de los batowanas del Ngami y de los makobas del río Tuga, venise diezados por la fiebre malaria: Buchner cita la fiebre como uno de los males de que se ven atacados. Las enfermedades de los waganas constituyen, según Felkin, un catálogo horrible, figurando entre ellas la mayoría de las que los médicos europeos conocen. Las viruelas son una de las peores y se presentan de cuando en cuando con carácter epidémico, causando millares de víctimas. La forma en que aparecen es muy maligna y muy pocos son los que siendo de ellas atacados, logran salvarse, por cuya razón casi no se ve en Uganda ninguna persona picada de viruelas, lo cual es causa de que el viajero crea, al principio, que tal enfermedad es allí poco menos que desconocida. Buchner sólo encontró individuos picados de viruelas, en número algo considerable, entre los kabindas. Las viruelas epidémicas, en sentir de este viajero, proceden únicamente de las costas y no aparecen nunca con gran intensidad. La sífilis, como en todos los países cálidos, es poco frecuente y se cura con facilidad, siendo muchas veces confundida con el escorbuto. Felkin menciona como otras enfermedades la hidropesía, el reumatismo, la fiebre, la bronquitis, las inflamaciones en los ojos, el cólera y una especie de lepra. Buchner dice que hay en el África occidental las tres clases de lepra. Una enfermedad especial de la piel es la kifussa del Oeste de África, que consiste en una multitud de granos grises-azulados que se forman debajo de la epidermis. Buchner describe una especie de letargo que, después de meses de continua somnolencia, acaba con la muerte del paciente. Muchos son los negros que padecen de locuras temporales que generalmente duran tres ó cuatro días, sin que los atacados se vuelvan furiosos. El suicidio es poco menos que desconocido. Muchos individuos, especialmente mujeres y niños, sufren ataques de epilepsia.

Vense á menudo gentes con manchas blancas en el rostro, en las manos y en las piernas. Felkin no considera este fenómeno como una enfermedad de la piel, sino como consecuencia de falta de materia colorante en esta. Hildebrandt habla de algunas negras de Kitus cuyo cuerpo tenía un tinte gris. También podemos citar en esta sección la frecuente presencia de albinos que han dado lugar á tantas fábulas, y de los cuales existen ejemplos en casi todas las tribus. En

algunos casos raros, comprueba un buen observador, como por ejemplo Hildebrandt, su ausencia entre los wapokomos, lo cual quizás puede explicarse suponiendo que son excluidos de la tribu. En Uganda, según dice Felkin, se les ve con más frecuencia que en ninguna otra tribu de las que él visitó. Los albinos eran considerados como curiosidades y los tenían en sus cortes el rey y los magnates: su cabello es de color pajizo, su piel dura de un blanco bronceado y sus ojos sumamente sensibles á la impresión de la luz. Felkin dice que los indígenas no proporcionan dato alguno acerca del origen de estas deformidades. La suposición de que proceden de uniones de hermanos debe ser rechazada en absoluto. Dicen los indígenas que á menudo de unos mismos padres nacen uno ó dos hijos normales, luego un albino y después otro hijo normal; sostienen además que de las uniones entre albinos nacen hijos perfectamente normales. En las cortes, sobre todo, se ven también otras deformidades, especialmente enanos que, como los bufones de la Edad media, pueden decir chistes y hacer contorsiones, siendo como aquéllos tolerados, llegando muchas veces á ser propietarios de grandes rebaños de bueyes, de cabras y de ovejas, ó á poseer otras riquezas. A estos enanos los vemos en las descripciones de las cortes de Mtesa, de Munsa, de Muata Jamwo, y es sabido que la curiosidad que nuestros viajeros exploradores tienen por ver pueblos enanos ha sido excitada ó burlada por estos monstruos. Por lo demás, estas deformidades son poco frecuentes, gracias á los principios aplicables á todos los pueblos naturales de la muerte temprana ó del asesinato, caso de que ésta no acontezca. Únicamente en los países meridionales refrescados por las ideas humanitarias del islamismo, ó en los reducidos territorios de las misiones, puede justificarse una descripción como la que hace Massari de Kano: «El número de ciegos y de baldados es allí extraordinario, viéndose por la mañana y por la tarde una verdadera fila de tales infelices que se dirigen al mercado ó vienen de él pidiendo limosna, para regresar luego á sus chozas: rara vez pasa un habitante de Kano por delante de uno de estos infelices sin darle un pequeño molusco.» Kano está situado sólo á medias en el país de los negros propiamente dicho.

Lo que queda de todas las ventajas corporales que antes se atribuían á los pueblos naturales, es cierta incorruptibilidad que se manifiesta especialmente en los poco usados y abusados órganos del sentido y de la inteligencia. A esto se debe que Schweinfurth atribuya á los negros una vista por regla general más perspicaz que la de los árabes y núbios, citando entre otras pruebas de ello la increíble lisura que ofrece la superficie, cortada á golpes, de árboles de 6 y 8 pies de espesor (en el país de los mombuttús) para cuyo derribo han sido precisos millares de golpes dados con la pequeña hacha. Merecen también citarse el admirablemente desarrollado sentido de localidad de los tebús y la habilidad para descubrir agua que caracteriza á los negros sud-africanos. En cambio, aun en aquellas comarcas en que están dominados por una ardiente pasión por la caza, son muy malos tiradores, siendo en este punto superiores á ellos los mismos hotentotes. Propia es también de su alma cierta vivacidad, que se manifiesta, por ejemplo, en el entusiasmo cándido y á nuestros ojos poco madurado, con que los negros de los Estados Unidos se han afiliado á ciertas sectas extremas del Cristianismo. Es necesario esperar lo que darán de sí estas cualidades hasta ahora yermas. Por de pronto, podemos decir con Hübbe-Schleiden: «La raza etiópica está completamente incivilizada; no es incapaz de desarrollarse, pero no está desarrollada todavía, sin que pueda afir-

marse ni negarse si el negro — y en caso afirmativo cuándo — puesto en un desarrollo civilizador más favorable del que hasta ahora ha gozado y ennobleciéndose de generación en generación, podrá llegar á un grado de cultura superior al que actualmente posee.» Este observador que, durante años, hubo de tratar con negros, opina que éstos son, en la actualidad, superiores á nosotros en fuerza física y agilidad y también en el desarrollo normal de sus miembros y en el vigor de su constitución.»

Los negros perezosos, «en estado natural,» han demostrado, cuando las circunstancias les han obligado á ello, grandes aptitudes corporales, con lo cual patentizan lo que puede conseguir la educación. La experiencia corrobora de muchas maneras la siguiente afirmación del mismo autor: «Cuando se afirma que el negro no quiere trabajar, puede tal aserto reducirse á que no se le puede hacer trabajar.» Únicamente está prohibido el trabajo entre algunos pueblos negros como los waganas, wanyoros y otros á estos afines, que tienen á su disposición gran número de esclavos: entre ellos, juzgó necesario Wilson trabajar él mismo, «para dar con ello un buen ejemplo á los indígenas, que consideraban el trabajo corporal como cosa propia de mujeres y de esclavos é indigna de ellos.» La mayor parte de pueblos negros trabaja para sí y para los suyos tanto como es necesario, y si no trabaja siempre de buena gana para los extranjeros, obedece esto á otros motivos que á la pereza, como lo prueba la manera de ejecutar este trabajo. Quieren ellos ser libres de toda obligación, siendo muy contados los cafres que se comprometen, cuando la miseria á ello les obliga, á trabajar para los blancos, y aun en esta situación procuran conservarse la mayor libertad posible. En los Estados libres de Orange, suelen habitar en sus propios krales cerca de las residencias de los blancos: el día lo pasan en éstas, prestando sus servicios por una módica recompensa y de noche regresan á sus chozas. Esos salarios son economizados hasta que los ahorros permiten comprar alguna res y cuando el patrimonio aumenta, decídese el cafre á adquirir una mujer, con lo cual llega, por regla general, á la meta de sus deseos, regresando entonces al interior del territorio y desdenándose ya de seguir trabajando para los blancos. Los trajineros que se encuentran en una ruta mercantil, como Bagamoyo-Udschidschi, demuestran suficientemente que hay en esos pueblos afición y aptitud para el trabajo. Aun cuando los pasivos betschuanes dan al enérgico é infatigable europeo el nombre de pelutelele (largo corazón) — probablemente porque les imponen las proporciones de su aliento y de su energía — los wanyamwesit como trajineros hacen, en cambio, cosas que admiran á los europeos: en ellos, la educación ha desarrollado la fuerza y la perseverancia en una medida que excede á la normal de los negros. Estos trajineros wanyamwesit tienen en sus espaldas callosidades producidas por el peso de la carga que soportan; una de ellas medida por Livingstone, tenía 3 y $\frac{1}{4}$ centímetros de espesor. Este viajero vió en Moero á un hombre que había llevado desde allí hasta la costa cinco frasilahs de marfil (un frasilah equivale á 12 y $\frac{1}{2}$ kilogramos). Los soldados negros que en la provincia ecuatorial egípcia hacen el servicio de correos, realizan prodigios de velocidad, andando 60 ó más kilómetros en un día. «Unos correos extraordinarios que en cierta ocasión expedí — dice Felkin — anduvieron 285 kilómetros en cuatro días y medio á pesar de las malas condiciones del camino.» Hildebrandt admiró á los wakambas que llevaron por espacio de 8 á 9 horas una carga de 40 á 45 kilogramos sin refunfunar, con todo y tener vacíos los estómagos.

Hase sentado como regla general, especialmente en Amé-

rica, que los negros son menos aptos para los trabajos constantes y no interrumpidos y que en cambio son superiores á nosotros en las labores que exigen elasticidad y fuerza bruta. Un bote que navegaba por el Mississippi y que iba tripulado por negros cargó, según Olmsted, un tercio más rápidamente su leña que otro bote tripulado por igual nú-



Un negro de piel manchada, de las costas de Loango (de una fotografía que posee el Sr. Dr. Peschel-Loesche, en Jena)

mero de blancos; en cambio, trabajadores blancos dotados del mismo grado de inteligencia y de la misma energía, cortaron doble cantidad de madera, partieron doble número de estacas y sacaron una tercera parte más de maizal que los negros. Pero lo que en las plantaciones de Cuba y de la Luisiana se exige, en trabajo asiduo, á los esclavos negros, rebasa de mucho la medida de lo que puede realizar un trabajador europeo. En la época de la recolección de la caña de azúcar era, en aquéllas, cosa corriente hacer trabajar á los negros, semanas enteras, 12 y 14 horas diarias en el campo, bajo un sol abrasador y con el cuerpo encorvado, faena